



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

MARIANO BENLLIURE



Domina la escultura
su genio excepcional,
poniendo á gran altura
el arte nacional.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Fábula, por José Estremera.—Desde el anfiteatro principal, por Fiacro Vráyroz.—Palique, por Clarín.—Al grillo de doña Paula, por Juan Pérez Zañiga.—Lo de siempre, por Sinesio Delgado.—Guerra á Guerrita, por Antonio Peña y Ufía.—La vuelta del caudillo, por Alberto Lozano.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Mariano Benlliure.—Embriaguez parlamentaria, por Cilla.



Acabo de abandonar el lecho, donde he pasado la segunda pulmonía de la temporada, y cojo la pluma para reemprender mis tareas semanales con el pulso trémulo, la faz descolorida y la respiración anhelante.

Yo ya no me muero; para morirme sería necesario que me pillaran desprevenido y me dieran con un martillo en la cabeza como á los gatos.

Á lo mejor parece que ha llegado mi última hora, porque se me fija un fuerte dolor en el pecho y comienza la calentura y el ahogo; me llaman, y no contesto; quieren hacerme tragar una medicina, y la echo por las narices; van á tomarme el pulso, y notan que mis miembros están rígidos como si fueran salchichones.

—Éste se va—exclaman las personas de mi familia, y se despiden de mí para siempre.

—Oye, querido—me dice uno.—¿Tienes que hacer algún encargo? ¿Dejas pagado al aguador? ¿Á quién quieres que le regalemos tu impermeable?

Yo no contesto, porque sé que no he de morir, y lo más que hago es exclamar con acento dolorido:

—Hombre, que me hagan el favor de estrangular á la vecina de enfrente, para que no vuelva á tocar el piano.

—¿Á ti qué te importa ya?—replica uno de mis parientes.

El caso es que todos me creen con el pie en la sepultura, y oigo que dicen á media voz:

—¡Pobrecito! Ya no volverá á oír á Mesejo.

—¿Respira aún?—pregunta otro.

—Voy á ver... Sí; todavía no ha exhalado el último suspiro.

—¡Caramba! El caso es que á las ocho tenía que ir á probarme un sombrero hongo...

—Ya, para lo que falta, espera que éste fallezca. No vaya á decirse que lo abandona la familia en el último trance.

Y cuando todos esperan que deje este mundo amargo, yo me siento en la cama y pregunto:

—¿Á cómo está la fresa?

—Á cuatro—me responden.

—Pues que me vayan á buscar media librita, que me la quiero comer con azúcar.

Resumiendo: la pulmonía desaparece, gracias á los cuidados del doctor Castelo, y me levanto á los ocho ó diez días, profundamente convencido de que no me muero por ahora.

En lo único que se conoce que he estado enfermo es en la palidez mórbida que cubre mis mejillas y en las orejas, que se me han separado del tronco y parecen dos aventadores.

Además, siguiendo las costumbres establecidas para estos casos, estoy sentado en una butaca, con los pies envueltos en un cobertor y la cabeza cubierta con un gorro. Un amplio gabán de invierno envuelve mi cuerpo y oculto mis pies en amplias zapatillas de alfombra. Éste es el uniforme que suelen usar todos los convalecientes.

Los amigos que me visitan hablan de mi pasada enfermedad y me aconsejan que me cuide.

—Ahora, nada de excesos—dice uno.

—Y mucho cuidado con salir al balcón en calzoncillos—añade otro.

Yo de cuando en cuando toso como la *Traviatta* y me meso los cabellos, á imitación de las características cuando vuelven en sí.

Unos me aconsejan que no salga de casa hasta Julio, para evitar una recaída; otros dicen que debo dejar á Madrid cuanto antes y pasar una temporada en el campo, bebiendo leche y haciendo ejercicio.

—Cuando yo tuve la fiebre reumática—afirma uno de los visitantes—me fui á Torrejón de Ardoz, á pasar la convalecencia, y en ocho días me puse como nuevo á fuerza de leche y de ejercicio. Á las ocho de la mañana me bebía un jarro de leche, á las diez otro, á las doce otro, y así sucesivamente hasta veintitantos. Por la tarde me iba á dar un paseo de legua y media, y después, para que no se me cortase el sudor, desenganchaban la mula de la noria y me enganchaban á mí. Desde la noria me iba corriendo á mi casa, y vestido y todo me metía en el lecho. Cuando volví á Madrid pesaba tres arrobas más y se me había caído todo el pellejo de la espalda, que es un buen síntoma.

Todos son á darme consejos porque creen, sin duda, que yo cojo las pulmonías por capricho. Se figuran cuando menos que salgo á la calle y me coloco con la boca abierta cara al Norte hasta sentir los efectos del mal. Conseguido esto, me dirijo á mi casa murmurando:

—Vaya, ya la he cogido; ahora á la camita á sudar.

¡Pobre de mí! Precisamente desde hace una temporada vengo adoptando toda clase de precauciones y no me atrevo á respirar fuerte ni á abanicarme. Cuando alguien estornuda delante de mí, me tapo la boca con el pañuelo, y uso unos algodoncitos para las ventanas de la nariz.

Pero todo es inútil, y cuanto más me tapo, más me expongo á un enfriamiento. La última pulmonía he debido cogerla oyendo cantar á una tiple cómica de las que ahora se estilan; estaba yo en la butaca muy arropado, comenzó á cantar la tiple y me quedé frío.

Conste que yo podré estar malo muchas veces, porque ese es mi destino, pero que no me muero tan fácilmente, por lo cual tendrán ustedes que seguir soportando mis insustanciales artículos.

Conque abur y hasta la semana que viene.

Ya dirá á ustedes Sinesio en tiempo oportuno que he cogido la tercera pulmonía.

LUIS TABOADA.

FÁBULA

Entre muchas especies de animales, como entre racionales, hay el uso moral y bueno y santo de enseñar á los tiernos perrucillos el modo de ir al reino de los cielos desde este valle de infortunio y llanto. En la escuela y en casa cada día al cachorro Sultán se le decía que la virtud proscribía al egoísmo y que al prójimo, el perro virtuoso debe siempre tratar como á sí mismo. Que es delito horroroso morder ni á los compadres ni á las gentes... y Sultán, que es un perro bondadoso, dijo, teniendo un rasgo de heroísmo: —Pues para no morder, ¡afuera dientes! Fue á ver á un sacamuelas afamado, quien le dejó en seguida desdentado. Y entrando con muchísima inocencia en la lucha feroz por la existencia, todo el mundo del perro se burlaba: el uno le mordía, el otro le pegaba, y el pobre defenderse no podía. Y ya entre sí pensaba entristecido: —Más me hubiera valido que mis caros maestros y parientes me hubiesen advertido que los demás usaban de los dientes; y así hubiera yo entrado en esta guerra sin pavor ni recelo, porque antes de morir para ir al cielo, es preciso vivir aquí en la tierra.

JOSÉ ESTREMEZA.

DESDE EL ANFITEATRO PRINCIPAL

¿No ve usted, señor Remedios, en aquel palco á la izquierda una mujer muy hermosa, con flores en la cabeza, con el pelo de amarillo y con un collar de perlas? Pues esa tan elegante que ve usted, es la marquesa en cuya casa he servido tres meses de cocinera. ¿Que por qué salió? ¿Por nada? ¿Que si era buena? ¡Muy buena! Me pagaba puntualmente, eso sí, y á toca teja; sabía lo que podía y estaba yo muy contenta, pero, hija, ocurrió una noche que... ¡vamos, si usted supiera!... ¿Ve usted aquel caballero de *fratragu* y barba negra, con un cristal en un ojo na más, y que está con ella? Pues bien, ese señorito es primo de la marquesa, y casi todas las noches, á eso de las nueve y media, cuando el amo iba al Casino, subía el gachó por verla y se pasaban charlando ¡qué se yo! las horas muertas, porque usted, señor Remedios, no sabe lo que son esas. El caso fué que una noche abrí de pronto la puerta de su cuarto, sin pensar que habría gente de fuera... Total, que al día siguiente me dió el *reus* la doncella de que estaba despedida.

¿No ve usted si es desvergonzada! ¿Que si es *verdaz*? ¡Ya lo creo! Como me llamo Nemesia que eso es cierto, y se lo digo na más que *pa* que lo sepa y les cuente *ustí* en el pueblo lo que es aquí la grandeza. ¿No ve usted cómo se miran? ¡Ay, qué Dios! ¡Y se hacen señas! ¡Pues que se están comiendo de tanto como se acercan! Eso es lo que á mí me puede y me dá rabia de veras, porque cuando una se escurre con alguna cosa de esas, la ponen de palabrotas que no hay por dónde cogerla, y dicen de una que es esto y lo otro, *castra, castra*... Mire usted, señor Remedios: hará una semana y media, ó poco más, que una noche, y hablando de cosas nuestras, *marchemos* yo y Atanasio, el mozo de la taberna de la esquina, que es mi novio y me distingue y me aprecia, nos *marchamos*, como digo, á pasear por las afueras. Nos sentamos en un banco *pa* descansar de las piernas, y porque estábamos juntos, como están el primo y ella, pues... que si nos descaudamos nos deliene una pareja. ¡Que no hubo más, cuando digo! Solo, que hablamos muy cerca. ¿Cree usted que me importaría contarle á usted lo que fuera?

FIACRO YRÁNZOZ.

PALIQUE

Continúa D.^a Emilia Pardo Bazán discutiendo con Dios padre, ó por lo menos con frailes descalzos que se presentan; y ahora le dice á Fray Conrado Muñoz que no quiere hablar de cierto asunto porque *está algo saturada*.

No vayan á creer los principiantes, esos que leen á los críticos para *aprender siempre*, como ellos dicen, no vayan á creer que se puede decir *buenamente algo saturada*, porque ó se está ó no se está saturada, y en esto no puede haber algo ni aun algos.

Y si á estar saturados vamos, D.^a Emilia, mire usted que los demás!... ¡Saturados y aun hartos!

**

Pero yo soy justo, mucho más justo que la Pardo, cuya justicia en vez de espada gasta unas pinzas de dar pellizcos; y declaro que, si bien se me ha caído el alma á los pies al ver á esta señora inclinarse del lado del vulgo en reciente ocasión, *de cuyo nombre no quiero acordarme*, que si bien lamento que á ella la deslumbraran los mismos diamantes falsos que á la turba multa deslumbran, reconozco que es, al fin y al cabo, una literata de verdad; no una artista, pero si una literata. Comparémosla, por ejemplo, con D.^a Patrocinio de Biedma; y se convierte D.^a Emilia en un Himalaya con faldas (como es natural).

Doña Patrocinio es una de esas escritoras que yo, sin poder remediarlo, confundo con los figurines de los periódicos de modas. A más de una señorita cursi he visto meter las tijeras por un arranque sentimental de la Sra. Biedma, en vez de concretarse á recortar el patrón de un bordado de zapatillas al realce (y perdóneme D.^a Emilia, intransigente en esto de zapatillas y bordados, si me equivoco).

Esta D.^a Patrocinio escribía pocos días hace una carta muy respetuosa al Sr. Núñez de Arce, pidiéndole por los clavos de Cristo que sacase nuestras letras de su actual postración. No quiere D.^a Patrocinio novelas naturalistas, quiere arte idealista, quiere, en fin, una porción de cosas muy recomendables... y se le ocurre que esta restauración literaria puede facilitárnosla don Gaspar... como presidente de la *Sociedad de Escritores y Artistas*. Que tome la cosa con empeño la *Sociedad de Escritores y Artistas*, y es un hecho la salvación del ideal en el arte, y viceversa.

Permitame la Sra. Biedma que yo también ayude á salvar las letras con mi cachito de proyecto.

A la *Sociedad de Escritores* puede agregarse el Sr. D'Áyot, espléndido poeta é inspirado protector de los artistas, el cual publica una revista titulada *La Reforma Literaria*. Que se entiendan la *Sociedad de Escritores*, esa *Dalia sentimental*, compañía de bailes cooperativos, y el Sr. D'Áyot, autor del concurso mon-

tró para proteger á los dramaturgos postergados, y volvemos á tener un siglo de oro.

Porque es lo que D.^a Patrocinio dice: *¿No es la Société des gens de lettres* quien dirige la literatura francesa por los derrotados que bien le parecen? ¿Quién lo duda! Pues hagamos aquí lo mismo.

A ello, á ello. Y lo primero que se ha de hacer es nombrar secretarios á... ya se sabe, D. Modesto Fernández y González y D. Jesús Pardo y Valle.

También D.^a Patrocinio Biedma puede hacer algo en pro de las letras.

Romper la *peñola* y consagrarse á la *vapeodia* ó zurcido de calzoncillos y demás ropa blanca.

**

Recibo el siguiente anónimo, que copio sin asumir la responsabilidad:

Emilia Pardo Bazán
tiene la obsesión-Goncourt
y la manía-faubourg
(traducido) San Germán.

CLARÍN.

AL GRILLO DE DOÑA PAULA

(LAMENTOS DE UN HUÉSPED DESVENTURADO)

«Grillo, que á mí diriges tu voz temblona por extraño capricho de mi patrona y que pasas las horas canta que canta, sin temor á destrozos en la garganta; tú, que en los campos yermos que hay en Castilla lograste que te amara más de una grilla; tú, que envuelto en las hojas de una lechuga vives haciendo planes para tu fuga; tú, que cantas tus dichas con igual calma que cuando algún disgusto te hiere el alma y ostentas sobre el manto dorados puntos, como quien canta misas por los difuntos, ¡no te pongas, si canto, de mal talante, que no has de ser tú solo quien aquí cante! Yo con tu *ducha* vivo siempre iracundo. ¡Si es la peor patrona que hay en el mundo! ¿Pues no me tiene á dieta la muy tirana, aunque le doy seis reales cada semana? Ayer, que fué su santo, nos dió de cena, *bauchando* de Escocia, que es cosa buena; y aun cuando más de un huésped aseguraba que no era Escocia aquello que se le daba, era *Escocia* de fijo; bien lo comprendo, pues desde ayer la boca me está *caudando*, y es mejor, por lo visto, no comer nada que morir de resultados de una taja. Ahora bien, grillo amable, sé compasivo, y si tienes deseos de verme vivo, ya que comes lechuga parte del año y en cuestión de hortalizas no cabe engaño, sin que llegue á noticias de doña Paula, dame de esa lechuga que hay en tu jaula. ¡Una hojita diaria! ¡Bien poco quiero! ¡Que apenas he comido desde Febrero! ¡Sí, dámela, aunque sea con tu boquita, que no me da tu mancha *pinca maldita*, pues la mancha del grillo, dice Valverde que al instante se quita con otro verde. Si lo haces, te doy *susita* para el invierno, aunque después tu ama me mande al cuerno; y á fin de que yo pueda vivir tranquilo, ¡que no se entere de esto ningún pupilo!

Esto dijo, ha tres noches, á un grillo imberbe cierto huésped de doña Paula de Ayerve, cuyos pupilos nunca prueban bocado y viven con el vientre desahogado. El grillo, que es un bicho de alma de hielo, ¿qué ha creído? Que el huésped le toma el pelo, y mientras el pupilo se desahoga por estar con sus quejas trina que trina, el grillo, haciendo planes para su fuga y envuelto en los pedacos de una lechuga, recordando á su grilla, que era una santa, pasa toda la noche canta que canta.

JUAN PÉREZ ZÚÑIGA.

LO DE SIEMPRE

«Querido amigo Ramón:
Hace más de una semana
que me tienes en la Habana,
¡ayendo de Encarnación!

Ya supongo que al saber
que yo me había fugado,
todos habréis sospechado
que era por una mujer.

EMBRIAGUEZ PARLAMENTARIA



—El pueblo está en la inorancia de sus deberes, ¿por qué? Porque las clases productoras no son clases productoras, que es lo que yo digo.



Y ¿qué es el hombre? Un punto. ¿Y qué es el punto? Un grano de arena. Y el grano de arena, ¿qué es?



Pues parece que no es nada, y es la base, como dijo el otro, del edificio social insolvente; el sostén de la colugna... de la colugna... ¡No me haga señas la burguesía pa que me calle! ¡Está hablando la voz de la conciencia!



La desnivelación de la humanidad es contra el derecho de la humanidad misma; el obrero no puede dormir tranquilo mientras el Estado no le dé higinia, ventilación, comodidaz... y copas.



¡Este es el evangelio de la misa, señores diputados! Vuelvan usías la vista... ¿Que pa dónde? ¡Pa los desgraciaos que piden lo suyo! ¡Abajo too lo que está encima!



¡No! no me llame la atención el señor presidente. Yo represento la justicia, y á la justicia no se la pué tapar la boca con nada...



Porque ¿qué significáis los de la aristocracia? ¡Las glorias de vuestros antepasaos! Y ¿qué fueron vuestros antepasaos? ¡Gente sin principios!



Y ¿qué significa el clero, vamos á ver? ¡La inorancia y el oscurantismo y la contingencia de los países sin *barlidad*!



¡En vosotros, ciudadanos libres, consiste la emancipación de la esclavitud humana! La muchedumbre tié sed de sangre. ¡A las armas too el mundo!



¡Hay que acabar con la familia que nos oprime y con la sociedad podria mayormente! ¡Cortemos las cabezas del seso femenino!



¡Por qué? Porque el hombre es el que tié la inteligencia y el valor y la... y la... ¡Que te estés quieto!



¡Maldita sí! ¡Esto es lo que les pasa á todos los que se meten á redentores del vulgo inorante!

Fués el, Ramón, día ha sido
la causa de mi destierro.
Si no saigo del encierro,
a esta fecha estoy perdido.

Y no porque Encarnación
me amosaba y perseguía,
sino porque me quería
con verdadera pasión.

¡No te bates! ¿estás?
ella engañó á mucha gente,
pero estaba locamente
enamorada de mí.

Y yo, que soy un camuso
y tengo el alma de un niño,
la llegué á tomar cariño
precisamente por eso.

¡Yo, que nunca puede amar,
si no me fuga, me caso!
Conque me dije:—A este paso,
¿dónde vamos á parar?

Decidido á hacer la hombrada,
tubo un rasgo de energía
para salvarme... y un día
me marché sin decir nada.

¡Puh! ¿Lo que habrá llorado
por la ilusión que ha perdido!

«Amigo José: Si quieres,
puedes venir en seguida
á España, pero no esperes
que en cuestiones de mujer
te haga un cargo en mi vida.

No ha habido necesidad
de entregar á Encarnación
ninguna mensualidad,

Hay estoy arrepentido
de la mal que me le portado,
y aunque no puzo volver,
quiero, en parte, remediar
el daño, y se voy á dar
un encargo que has de hacer.

Adjunta vamos letra
de cincuenta pesos oro,
y... perdóname, no ignora
que la comisión te iré.

Dásela á Encarnación,
ella tiene que vivir!
Pero es capaz de venir
en alas de su pasión.

Y hay que obrar con disimulo.

Sólo quiero que la des
cincuenta duros al mes,
¿entiendes? Porque calculo
que podrá tardar un año
en sustituirme, ¿estás?

Si se ofende, la dirás
que en el tomar no hay engaño.

Para entonces volveré
curado de mi locura,
y esa pobre criatura
me habrá olvidado. — José

II

y toda la cantidad
está á tu disposición.

Porque, según el pósterro,
la infeliz, el otro día
trajo á su casa un banquero,
y hoy, gracias á Dios, dinero
de largo. — Ramón García.

SINESIO DELGADO.

GUERRA Á GUERRITA

No conozco nada más terrible que los lagartijistas. Cuando se lee lo que escriben por ahí, es cosa de preguntarse uno si España no es una nación cortada para el absolutismo; porque tanto monta llamarse Felipe II ó Rafael Molina si el monarca ó el torero disponen de las vidas y haciendas de sus súbditos y los tienen, cuando les da la real gana, de rodillas y á sus pies.

No les basta llamarle Rafael I, y el Califa de Córdoba, y Abdhraman, y Boabdil el Grande; no les basta instrumentarle la inmortalidad con música de Wagner, y adorar al dios de la tauromaquia moderna, como los caballeros del Graal adoraban la copa Sagrada, la Sangre de Jesús.

Para los lagartijistas, Lagartijo arte, belleza, bondad, valor, ideal son consubstanciales; nada ha existido antes, nada existirá después; y el día en que se corte Rafael la coleta, se rasgarán las nubes, se secarán los ríos, se helarán los mares, y el Himalaya se vendrá guardabajo, y Mariano Cavia recorrerá las calles de Madrid gritando: *¡Quimada vedet sola oicetas plena popolo!*

Si esto ocurrirá en Madrid, ¿qué pasará en Córdoba? Asusta pensarlo. Federico Urrecha ha escrito, hace poco, lo siguiente en *El Imparcial*:

«Córdoba vive y vivirá en memoria de gentes, mientras quede recuerdo de los Rafaeles, más por los volapés de ambos que por las magnificencias de similor que los poetas atribuyen á Hixem II.—Así sea.»

Y usted que lo vea, amigo Urrecha, y yo también para consignarlo en MADRID CÓMICO.

Pero dejando aparte al bueno de Hixem, antójase que Urrecha es un lagartijista anodino contra el cual habrá caído á estas fechas terrible excomunión.

¡Decir que Córdoba vivirá mientras quede memoria de los Rafaeles! ¡De los Rafaeles! ¡Así en plural!

¡Colocar juntos á los dos! ¡Igualarlos! ¡Rafael II en el mismo altar que Rafael I! ¡El cub cordobés, como lo ha llamado *Sobaquillo*, al nivel del supra y archi y extra y ultra-cordobés de todas las Córdoba!

¿En qué pensaba el amigo Urrecha? ¿En qué pensaba al poner bajo el mismo nimbo la magnificencia de similor y el oro purísimo, refulgente, incomparable con el cual se ha hecho el anillo de nuestro Nibelungo tauromáquico?

¡No quisiera yo estar en el pellejo de Urrecha! El distinguido escritor ha cometido una de esas faltas imperdonables que traerán seguramente su expulsión del Sanhedrín lagartijista.

Porque han de saber ustedes que Guerrita, el bravo Guerrita, el gran Guerrita, aquel Rafael II que los idólatras de Su Incomensurabilidad Rafael I el Grande, mimaban, festejaban y ensalzaban hace un año, es hoy cabeza de turco de los indignados lagartijistas.

Rafael petit ha hecho algo insólito, algo fantástico, algo monstruoso; ha perpetrado uno de esos crímenes que en el lagartijismo imperante se pagan con la decapitación. «Ha regañado con el maestro!»

¿Por qué? ¿Qué sé yo? Por cualquier tontería, quizá por lo mismo que Su Intangibilidad Rafael el Grande regañó con su maestro Antonio Carmona.

Cuando esto sucedió, los lagartijistas tenían á Frasnela, y baza mayor quita menor.

Durante muchos años se han despachado á su gusto, gozando mucho cuando ensalzaban al ídolo y gozando aún más cuando desprimían á su rival eterno.

Porque para los lagartijistas, morder ha sido siempre más dulce que besar; y en cuanto despedazaban á Salvador con las brillantes triguñuelas de la retórica, enseñaban con voluptuosidad los dientes, chorreando sangre, y se relamían como fieras satisfechas.

Cuando Guerrita, célebre banderillero entonces, abandonó al Gallo é ingresó en la cuadrilla de Rafael, el flamante diestro encontró en los lagartijistas un regazo abierto, donde cayó como en un lecho de plumas.

Y allí comenzó la sinagoga de los Rafaeles: Rafael Molina, el Gran Rabino, era el águila caudal, bajo cuyas potentes alas se cobijaban Rafael Guerra, sucesor inmediato del Jehová de Córdoba, el Hijo de su Padre, el Redentor futuro, y otros cuantos Rafaeles de mayor ó menor cuantía, Rafael Mogino y algunos más, cuyos nombres no recuerdo, pero que llevaban, en el mero hecho de llamarse Rafael, patente limpia para andar á bofetadas con los cuernos.

Verán ustedes cómo, andando el tiempo, van los lagartijistas á Roma y se postran de rodillas ante el Sumo Pontífice para pedirle que quite á San Rafael el besugo que lleva en la mano y lo vistan de torero!..

Y si el Papa accede á la demanda, ya estoy yo pidiendo privilegio exclusivo para publicar las estampas del Santo. ¡Me valga Dios, qué negocio! ¡Me hago millonario en ocho días!

Pues bien, mientras Guerrita estuvo, mocete sumiso, en la cuadrilla de Rafael y éste lo llevó á provincias, como media espada, las cosas marchaban admirablemente.

Los lagartijistas trataban á Guerrita como á niño mimado, le prodigaban caricias, le regalaban dulces.

¡Mataba Lagartijo un toro admirablemente! Pues ya estaban los lagartijistas llamando á Guerra, poniéndolo delante del maestro, y diciéndole entusiasmados: *¡Ecco Pater tuus!*

¡Esto queaba Guerrita un toro, de un modo magistral! Pues ya estaban los lagartijistas llamando á Rafael, á Rafael el Padre, poniéndolo delante del chico, y diciéndole conmovidos con lágrimas en los ojos: *¡Ecco Filius tuus!*

Y el caso es que, unas veces por ser Padre, y otras por tener tal Hijo, el abuelo se llevaba la gloria, de bola á bola ó por tabla.

Por fin tomó Guerra la alternativa de manos de Rafael; el chico sacudió la tutela y campó por sus respetos, matando toros por ahí hasta cansarse y llevándose á Córdoba los miles de duros como una bendición.

Y de repente, con la miel de la fama en los labios, se rebeló contra el maestro y tronó con él.

¡No lo hubiera hecho nunca! ¡Átreverse á romper con Lagartijo! ¡Átreverse á dejar al Padre como de todos los Rafaeles! ¡Insurreccionarse contra el Califa! ¡Á abandonar las alas del águila caudal! ¡O, si no!

Desde aquel día fatal todo ha cambiado. Pasado el primer momento de dislocación, los lagartijistas se unieron, se palparon, cambiaron impresiones.

Y la guerra Santa quedó declarada en las ciudades y en los campos. Los padrós de Guerrita se convirtieron en padrastros feroces, y de pronto, sin preparación, casi sin recoger velas—y cuidado si habían soltado prendas á porrillo!—diéronse, con una perfidia de onda, á empujarse los trabajos de Guerrita cuando los ejecutaba bien, y á caer sobre el chico inhumanamente, con envenenadas frases cuya intención depresiva sólo es asequible al que sabe leer entre líneas, cuando le volvía las espaldas el Santo.

No había más que el Espartero á quien volver los ojos, y los han vuelto hacia Manuel, á quien tratan con todos los distingos, con toda la sutileza, con todas las logomoquias de un abogado fullero.

Cuando Guerrita mata bien, el toro es pequeño, ó no tiene astas, ó se lo han elegido en el vientre de alguna *Colicte* inofensiva.

Cuando da un buen volapié, lo llaman volapié *de sorpresa*, ¡un volapié! porque el volapié es suelta por sorpresa ó deca de ser volapié; ó dicen que si el muchacho ha movido mucho los pies, ó si se le han quedado muertas las manos.

En una palabra: han resucitado el antiguo repertorio de Frasnela, el eterno cliché de la envidia y del despecho; de la sobarbia y todo lo demás que ustedes saben.

Y así están las cosas, hasta que el mejor día se quiten por completo las máscaras y digan, arrepentidos de haber cortejado á Guerrita, como la Condesa de *El tanto por ciento*.

Mas que sepa usted anhelo
que, si esta flor le entregué,
fue tan sin pensar... que fue
en vez de arrojarla al suelo.

¡Y todo porque Guerrita ha osado reñir con el Titular de la tauromaquia moderna!

¿Comprenda ahora el amigo Urrecha la enormidad de su falta al equiparar á los dos Rafaeles?

Cavia, ¿qué dices tú?

ANTONIO PEÑA Y GOÑI.

LA VUELTA DEL CAUDILLO

I

Desde la torre de más altura
observa el campo la hermosa Elvira,
la castellana que sin ventura
hace tres meses gime y suspira.

Hace tres meses aguarda en vano
que de la guerra torne su amante,
porque se aburre, y al castellano
echa de menos á cada instante.

También los moros, que son muy pillos
y que aprovechan las ocasiones,
han asaltado varios castillos
que hay por aquellas inmediaciones.

Y doña Elvira, que teme *aquesta*
y que presiente grave disgusto,
escribe al noble que vuelva presto
si es que no quiere llevar un susto.

II

No eran peligros tan infundados
los que temía la castellana,
porque los moros, muy bien armados,
se presentaron cierta mañana.

Pusieron fuerte cerco al castillo,
y tras reñida corta batalla
entraron unos por el rastrillo
y otros por cima de la muralla.

El jefe moro, que ve y admira
de doña Elvira las perfecciones,
dice: «Me quedo con doña Elvira
para mis cándidas distracciones.»

III

Ya el caballero vuelve triunfante,
al frente puesto de su mesnada;
lleno de gloria, viene anhelante
por ver á Elvira, su idolatrada.

Pero á las puertas de su castillo
ya no le esperan... «¡Ah! malandrines!
(grita) ¡Que bajen pronto el rastrillo!
(Por qué no suenan esos clarines?)»

Y cuando mira—¡tremendo ultraje!—
que la bandera morisca flota
fija en la torre del homenaje
sobre la suya deshecha y rota,

¡Sus! ¡A la lucha, bravos guerreros!
¡Probad vosotros (furios clama)
cómo se vengán mis mesnaderos
cuando me soplan á mí la dama!

Mientras que lucha desesperado,
piensa el caudillo, ciego de ira:
«¿Y quién le quita ya lo bailado
al jefe moro con doña Elvira!»

ALBERTO LOZANO.



Cuando se encuentra Gaspar
con ganas de bromear,
dice su novia Inocencia
que la tienta la paciencia...
¡Por algo se ha de empezar!

LUIS LÓPEZ.

Hemos recibido un atento oficio firmado por el Presidente y Secretarios del *Montepío de la Prensa*, participando á nuestro Director la grata nueva de haber sido nombrado vocal de la Junta directiva.

En la imposibilidad de contestar particularmente, por ignorar el domicilio social, lo hacemos aquí, no sólo para aceptar y agradecer la honra, sino para poner el periódico á la disposición de nuestros compañeros para cuanto pueda redundar en beneficio de la clase.

¿No querían ustedes caldo?
Pues tomen ustedes otra traza.

En un número de la semana anterior dijo *El Liberal* que la zarzuela *El*

Monaguillo, que está en prosa, y vuelvo á jurar, estaba en verso.

Pues esta semana ha dicho lo siguiente:

«La obra que anoche se estrenó en el Teatro de la Alhambra, con el título *La Perdigonada*, no fué del agrado del público. Ni el libro ni la música—y aquí mucho menos que ésta—merecían siquiera los pocos ensayos, etc., etc.»

¡Por la Virgen de la Paloma! ¡Esto ya es el colmo!

Porque hay que advertir que el juguete *La Perdigonada* no tiene música. Y oír versos donde no hay más que prosa, es una desdicha muy grande; pero oír música donde no la hay, no lo había conseguido nadie hasta ahora.

¡Y mire usted que debe costar trabajo hacer un libro mejor ni peor que una música que no existe!

Pero ¿dónde diablos encuentran mis colegas estos críticos de teatros?

Yo creo que salen á la calle y preguntan al primer transeunte:

—¿Usted tiene los oídos á componer?

—Sí, señor.

—Pues vaya usted al estreno y haga usted la revista.

Vaya, ya se ha salvado la situación. Los señores peluqueros han tenido el honor de subir los precios de las tarifas. Subirlos hasta el punto de doblarlos.

Pero las más graciosas son las partidas siguientes:

«Por afeitarse, 30 céntimos.

»Por afeitarse las mejillas, 25 céntimos.»

¡Caracoles! ¡Esto ya es llevar la cuenta pelo por pelo!

Sólo falta añadir:

«Por decir de salud *sira a...* tanto.»

No te rías, Amalia, porque viejo
admiro todavía á las mujeres,
y escucha este consejo,
si es que escucharle quieres.
Aunque estoy ya gastado
(pues de mi juventud sólo han quedado
miserables despojos),
conservo todavía, por mi suerte,
dos niñas en los ojos
que niñas han de ser hasta la muerte.

S. L. ALCALDE.

Libros:

Viaje á Lilibut, fantasía política en dos actos y en verso, original de D. Alfredo Pallardó, música del maestro Rodríguez, estrenada con gran éxito en el Teatro de Novedades.

Los políticos de Palencia y su provincia, por D. Donato González Andrés. Cuaderno 19.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. D. C.—El soneto y la décima son ¡ay! impublicables. Haya usted de los ripios, de las frases de relumbrón que no dicen nada y de la cursilería filosófica sobre todo.

Sr. D. A. de V.—Madrid.—«Por una fatalidad
que todavía no me explico...»

¡Alto! Ahí sobra una sílaba. Y si al empezar sobra una sílaba, ¿para qué pasar adelante?

Sr. D. P. G.—Valencia.—No puedo *rasgar* los versos de usted, como usted dice, hasta que haya usted estudiado literatura, y no debe usted ponerse á estudiar literatura sin haber estudiado antes gramática. Hay que ir por pasos contados.

Cardo.—¡Caramba! ¡Y si cuando me lo ha preguntado usted no me acordaba poco ni mucho?

Sr. D. W. Z.—Madrid.—Medianillos y... sin nada de particular.

El capitán Centellas.—¡Virgen santísima! ¡Qué especie de dolor tan anodina se le ha ocurrido á usted últimamente!

Pintolique.—«Cuando se ponga el sol por Occidente
y nos preste calor la blanca nieve...»

¡Hombre! ¡Qué bonita asonancia! Los otros dos sonetos y ese, si me apura usted un poco, están completamente pasados de moda.

Sr. D. J. C. P.—Madrid.—Vaya el primer cantar:

«Es tu casa el palomar,
y tu padre el gavilán
que nos persigue á los dos
tú eres la palomita
y yo el palomo ladrón.»

Si será usted el palomo, pero no sabe usted hacer cantares.

Un naturalista.—No firme usted así; firme usted *Un poeta*, y estamos al cabo de la calle.

A. de L..—¡Otro que tal baila!

Lechuga.—Y dijo Dios: «No hagáis cantares vulgarísimos, porque no entraréis en el reino de los cielos.»

Langolano.—«Noche serena muy oscura
como ha sido y será mi *portent...*»

No se le presenta á usted muy claro que digamos.

Ni á la ortografía tampoco, al paso que usted la lleva.

Sr. D. F. S.—Buena; pero ¿qué le importa al mundo eso del alcalde que tienen ustedes?

Sr. D. C. J. M.—¿Que si los publicaré? ¡Ay, no! No puede ser, porque son parecidos á todos los cantares del mundo.

Saltimbancuero.—Buena; ¿dónde está la gracia? ¿dónde está el asunto? ¿dónde va la nave?

MADRID, 1891.—Imprenta de Manuel G. Hernández, impresor de la Real Casa, Calle de la Libertad, núm. 15.—Teléfono 934.

Lib. Madrid Cómico, Jesús del Valle, 36

ANUNCIOS

PERLA RÚSTICA DEL RETIRO

RESTAURANT.—Frente á la estatua de Espartaco.

Gran Parque para comer al aire libre. Salón para banquetes y bodas. Gabinetes independientes para familias. Almuerzos desde 4 pesetas y comidas desde 5 pesetas en adelante. Se reciben encargos para dentro y fuera del Establecimiento.



—Pero, hombre, ¿está usted loco? ¿Va usted á sacar una fotografia de la pared de enfrente?

—¡Cál no, señor; voy á hacer el retrato de un mosquito que anda por el aire.

—Eso es imposible!

—Amigo! es que la máquina es de casa de IRIGOYEN, Esparteros, 3, y para ella no hay mosquito imposible.

LA COMPAÑÍA COLONIAL

HA OBTENIDO

EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

Medalla de oro, por sus Chocolates.

Medalla de oro, por sus Cafés.

Medalla de oro, por su Tapioca.

DEPÓSITO GENERAL

CALLE MAYOR, 18 Y 20

SUCURSAL

MONTERA, 8, MADRID



—Mi padre me manda 25 duros mensuales y siempre estoy á la cuarta pregunta.

—Porque no sabes arreglartelas. Yo he tomado un abono en el restaurant de LAS TULLERÍAS, Matute, 6, y estoy como un principe ruso..... por 75 pesetas.



Usades ádiván.—Ese hombre se mata en cuanto el pantalón se le rompa.....—¡Ah! pero es que no se lo romperá jamás, porque está hecho en la sastrería de JESÚS CASTILLO, León, 28.



—¡Caramba! ¿Como ha engordado usted!

—Es que antes no podía comer, y ahora, desde que uso una dentadura inamovible, de casa de TIENRO, Mayor, 73, ¡hasta los guijarros hago polvo!

CHARADA



Tercia Elias está en el cielo, se adhiere dos dos-primera y para el todo Gras, hijo, que vive Alcalá, 40.



—¡Alto! ¿Quién vive?

—Americanas de alpaca.

—¿Dónde van ustedes?

—A la sastrería de Pesquera, Magdalena, 20.

—¿Qué precio tienen ustedes?

—La semana que viene lo diremos.



—¡Jóvenes casaderas! Hé aquí los efectos del perfume Atkinson, que se vende á 2 pesetas frasco en la Perfumería Americana!

Espoz y Mina, 26.

EXPOSICIÓN DE VIENA



Equipos para novias; primera casa en su clase, la más barata y acreditada por sus ricas telas, bordados y encajes.

Camisas para caballero. Envíos á provincias.

Calle Mayor, 12.—CAMISERÍA



El hombre debe hacer tres cosas:

- 1.ª Casarse.
- 2.ª Tener hijos.
- 3.ª Comprarles juguetes en el Bebé Parisián.

Barquillo, 5.



EUGENIO LLEDO
ZAPATERIA
PEZ 19
LEON 34

¡Bendita sea la mare que le jiso á osté güen mozo, porque osté es la Providencia de los pies defectuosos!

MADRID CÓMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO É ILUSTRADO

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

En provincias no se admiten por menos de seis meses y en el extranjero por menos de un año.

Pago adelantado, en libranzas del Giro mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los tómbres móviles.

PRECIOS DE VENTA

Un número corriente, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Península, 4, primera izquierda.

Teléfono núm. 2.180.

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO